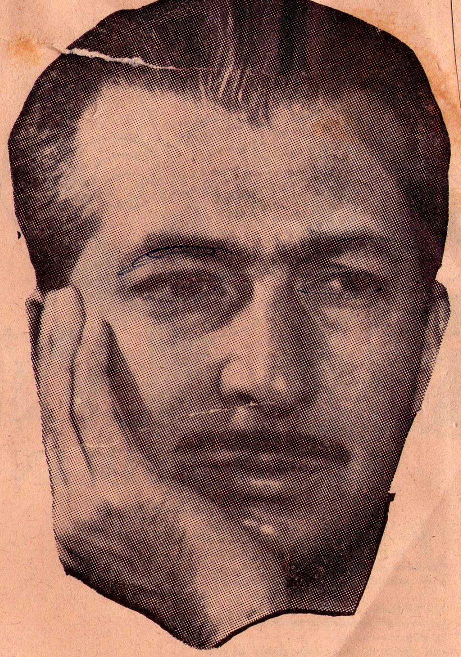
30 abril 1959

Vigía de LIBROS

"POR ARTE DE SOL" DE VICENTE GERBASI

Rafael Olivares Figueroa



Vicente Gerbasi.

(Exclusivo para "El Nacional")

LA renovada inspiración de Vicente Gerbasi nos acaba de brindar otro poemario: "Por arte de sol", Ediciones del Grupo "Fuego", Santiago de Chile, 1958. Aunque el estilo es inconfundible, nuestro poeta, siempre leal a su destino, da testimonio de su alma, evolucionando levemente, como si trazara conmovidas espirales entre la luz, ante el cálido espejo de su trópico bien amado. No hay en su poesía pues, esas crisis o trasmutaciones que en otros poetas hacen visibles ciertos traumatismos psicológicos cuyos orígenes pueden ser o no descubiertos. Gerbasi muestra una vez más, su adaptación al suelo nativo con el reiterado uso de un vocabulario en el que piedras, plantas, animales, frutos, costumbres, supersticiones.... se entremezclan como en un crisol resplandeciente:

He visto caer astros — donde se oye el mar distante.— Allá los cocoteros dispersos en espacios de fulgores y escarabajos. — Y más lejos, el mar,— y los caracoles muertos rodando en la resaca del amanecer,— y las estrellas marinas — haciendo dibujos de soledad en las arenas.

.. ..

Y al lado opuesto, la luz que recomienza, — detrás de las montañas olorosas a flor de café, — y en las cumbres, pequeñas nubes — detenidas en ciertos colores milenarios — de un clima donde vive el pájaro lira. — ¿Y qué decir de esas grandes hojas — que se inclinan a la brisa — como en torno a una reina de la selva?

("Asuntos del Trópico").

Es en este libro, como en los anteriores, un paisajista, un captor sincero del ambiente venezolano, en su hosca plenitud rural, con alusiones a su gente, a sus preocupaciones inmediatas, a sus leyendas, tanto como a su aventura personal de hombre transferido, por decirlo así, que aún siente en los labios el gusto de otras savias y otros recuerdos, y no puede olvidar el rostro sudoroso de su padre, inmigrante itálico, ni los signos vírgenes, pero incisivos, de una infancia humilde y observadora:

Menciono el alba con mi perro — que, en el patio de la casa, — perseguía mariposas tornasoladas, rojas, azules — como alucinaciones. — Pero las mariposas negras — permanecían prendidas a los techos, — inmóviles por muchos días, — hasta el advenimiento de las lluvias. — Había entonces obscuridad en un corazón, — veía las puertas viejas, — las escoriaciones de los muros; — en las revistas que leía mi padre, — veía relámpagos de ovejas — desbandadas entre rocas.—Eran viejas historias de lejanas tierras de olivares. — ¡Ah!, pero en la renegrida cocina se encendia la leña — y se enrojecían en las paredes los brillantes grumos de hollín. — El gato miraba algo, allá entre los crisantemos; — fijamente, hasta que un trueno oscurecía las montañas. — Así mi edad reconocía las tinieblas.

("Los asombros puros").

Mas, el ámbito rural —y pese a su muy rica gama de matices—, dista mucho de convertirlo en un colorista, prendido de apariencias e impresiones a flor de piel. Ciertamente, inmerso en sus "espacios cálidos", con los que titulara ya un poemario anterior, Gerbasi no ignora los atributos de la luz, que distribuye, para dar realce, sus fluidos y gratuitos dones sobre una tierra que bulle en imágenes. "Por arte de sol", el fuego se refleja en los bucares, cuyas espumas se desprenden en el resplandor: "como pequeños gallos anaranjados"; en los "barrancos rojos", en los árboles rojos", en "la serpiente coral, entre pedruzcos negros y flores rojas", en "el reyzamuro, de cuello rojo", en "la penumbra de las hormigas rojas" y sobre los cafetales: "de frutos rojos, como cerezas"; esto es: en un vapor de fuego que hará parecer el fondo del horizonte "como un fogón", y que deslumbrará los ojos y el espíritu en una especie de embrujamiento.

Nuestro poeta ve, por otra parte, "el humo espectral del verano", en una tierra en que el verano es lo más sensible; "los redondos árboles de totumo, —con sus redondos frutos, como grandes árboles de Navidad". Bajo el sol de los venados, "una llovizna con sol— da a los árboles fulgores de vidrio"; apenas se alza el violeta intenso del cacao. Pasa "una bella muchacha a caballo — sol entre tus espigas"... "A la orilla de las palmeras lunares — las tortugas... brillan como hojas móviles". En este deslumbramiento tropical, naufragan los colores o se contaminan por la magia simpática de unos aires incandescentes.

La profundidad de esta poesía, ante todo, emocional: nutrida de intuición y sentimiento, sin otros artificios que los que emanan de las propias reacciones y conservan los rasgos inmanentes de una ternura simple, de un cariño familiar, pero maravilloso, que surge al contacto de lo que rodea, o, por mejor decir, acompaña, a quien ha sabido contener los peligros de la mineralización: esa cortina que cierra el mundo a los que han dejado ya de crecer, o se han vuelto cosas. Por ello, Gerbasi puede permitirse la libertad de contemplarlo siempre como un recién nacido; pero también con la claridad y las iluminaciones de una experiencia del propio solar, consagrada a la visión lírica.

No hay detalle, por menudo que sea, que no le sirva de documentación y del que no extraiga, sin visible esfuerzo, materia prima para su canto. Y todo lo convierte en zumo de creación, con solamente decirlo a su manera: las alternativas del tiempo, el amor furtivo, las incidencias de la vida cuotidiana, los trabajos del campo... Su recurso habitual es la descripción: una descripción en la que se confunden aguas de sensaciones y recuerdos; pero estilizadas, con la concisión de un libro de apuntes o de diario íntimo, y reflexiones, dudas y preguntas sin respuestas. No faltan los momentos en que deja traslucir su melancolía; más raramente, se muestra irónico sin que, al parecer, se lo proponga; sin que falte, alguna que otra vez, disuelta en su verso, una fina noción de muerte:

El cielo, — el mar, — crean un poder — luminoso en el alma — y más allá de los escollos, — los fuertes, los obscuros, — los golpeados desde los primeros siglos — por altas espumas. — Hasta aquí no llega el diálogo de la infamia,— ni veo en la resaca máscaras de colores gastados, — sino jóvenes estrellas del agua — que vienen a secarse como en la orilla de los cielos, — o la calavera de un extraño animal — que alguna vez tuvo una bella presencia, — una compañera, un amor tenso, — en estos espacios equinocciales. — Pero no hay aquí tiempo para pensamientos de muerte, — porque el día es límpido como la ola que baña un grupo de caballos.

("Mar").

Hemos aludido a ciertos elementos de la poesía de Gerbasi que constituyen como una sublimación de lo real: en otros libros: "Mi padre, el inmigrante", y "Tirano de sombra y fuego", patética semblanza del Tirano Aguirre —una figura histórica de la Venezuela primitiva e inquisitorial—, el mito, la superstición, la brujería, se manifiestan con caracteres de noche y sangre. En "Por arte de sol", se reducen a esquemas rápidos eglógicos, que no logran empañar la noción sencilla. Tal la anécdota del día de caza:

Con las primeras sombras — pasó el brujo que vive en la montaña. — Detuvo su perfil contra las lejanías, — donde cantan las aves tristes, — y nos pidió el corazón de un conejo negro.

("Los campos embrujados").

A la desvelada exploración de un espíritu entre cuyas fi-

(Continúa en la Pág. Seis)

"POR ARTE DE SOL"

(Continuación de la Ultima Pág.)

bras se encienden los estímulos nobles de la raza original, dueña de la tierra; dormida, no sólo por el letal veneno de las injustas dominaciones, fundadas en la fuerza, sino también por la impotencia o la ápatía republicanas— y no debe olvidarse que, como el monje Alcuin la definió en el lejano medioevo: "El sueño es la imagen de la muerte"— le debemos imágenes, comparaciones y conceptos esparcidos aquí y allá, y aun poemas significativos e inspirados como el que sigue:

En el valle que rodean montañas de la infancia, — encontramos escritos en la piedra — serpientes cinceladas, astros — en un verano de negras termiteras. — En el silencio del tiempo vuelan los gavilanes, — cantan cigarras de tristeza — como en una apartada tarde de domingo. — Con el verano se desnudan los árboles, — se seca la tierra con sus calabazas. — Pero volverán las lluvias — y, de nuevo, nacerán las hojas — y los pequeños grillos de las praderas, — bajo el soplo de una misteriosa nostalgia del mundo. — Y así para siempre — en torno a estos escritos en la piedra, — que recuerdan una raza antigua — y tal vez hablan de un Dios.

"Por arte de sol" es, sin embargo, un libro sereno, de una gran serenidad, en el que podemos descubrir un puro optimismo, aunque falte en él de manera expresa, el sentido agónico, la palabra vital, matriz de esas transformaciones de que tan urgidos estamos, porque quien tan hondo siente, quien trabaja a base de vivencias, como Gerbasi, no debiera permanecer a la orilla, sino sobre la corriente, con el remo ágil, hacia unas playas menos desnudas; ya que la poesía puede contribuir, desde su puesto, para que recobre el hombre su dignidad y su plenitud. Pues, ¿no se sabe qué ideas mueven el mundo? Por eso se las teme y se las atenaza. Pero las ideas son como simientes, y el sembrador puede ser poeta: ¿No es así, Miguel Otero Silva?

Caracas, abril, 1959.